

# LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

*Año X*

*Barcelona, 13 de Abril de 1899*

*Núm. 438*



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



*Una Valkyria.*



—¡Pobre hombre!—murmuró Mariana en cuanto hubo despedido al barón; — ¡Pobre hombre!

El de Cuatroestados salió del cuarto de la señorita Pertiguero casi sin pronunciar palabra, haciendo reverencias y genuflexiones que parecían cómicas, por tiesura y rigidez que se empeñaba en imprimir á sus movimientos, conforme á la gravedad del caso y á la idea que él tenía de la disciplina y de las etiquetas sociales. Rolland devolvió el saludo sin malevolencia y sin comprender la mirada venenosa, húmeda, casi verde, que le dirigió el torvo galante de guardarropia, Júpiter caído de lo más alto de la arrogancia estúpida. Oyendo la exclamación de la Pertiguero, el inglés dijo, dejando asomar el alma á los ojos:

—¡Oh, gracias, gracias, amiga mía! ¡La quiero á usted en este momento más... más...!

Como si no hubiese visto el aborozo de su rendido amante, ni entendiera sus palabras, Marianilla repuso:

—Va el triste de modo, que si llevara campanillas en el frac... ¡no habría sido flojo el repiqueteo!

—¿Qué ha ocurrido, señorita? Porque, efectivamente, el barón temblaba, y su... sistema de despedirse, digamos que no es muy correcto...

—¿Que nó? Correctísimo. ¡Pues no faltaba más! Aquí entendemos la educación así. Y fortuna que el señor Rupilancha no es *meridional*, que si llega á serlo hubiera usted oído cosas muy saladas. A usted le habría puesto como chupa de dómine y á mí... ¡madre santísima, á mí...!

—Señorita, á usted no le insulta nadie en mi presencia, sin que le agarre por el cuello y le bote por esa ventana; á mí... si el señor barón se hubiera permitido la más leve grosería contra quien no le ha hecho daño alguno, ni tuvo jamás intención de mortificarle, hubiérale pedido cortésmente que midiera sus palabras y que me perdonase de paso si por inadvertencia le pude ofender.

La Pertiguero tendió la mano á Rolland, diciéndole:

—Es usted muy noble y es usted carácter entero y varonil. También en mi patria hay muchos espíritus como el suyo, y esa fué la característica de nuestra condición hidalga y cortés; ¡lástima que no se hayan cultivado tan lindas disposiciones esponjándolas con el rocío de la instrucción, con el injerto de la cultura! Seríamos el pueblo más libre, más grande, más dichoso de Europa y... ¡dispénsame usted esta manifestación de orgullo en gracia á que la hace la española... menos española! de América.

—Sí, sí; habla usted como el oráculo: España pudiera ser un paraíso.

—Y es un infierno. ¡Digo si es un infierno! Hasta para los sentimientos más dulces que

puso Dios en el corazón humano; para la ley divina que enciende los soles en el cielo, que da chispas al pedreñal y encanto á la naturaleza: el amor. Aquí no se concibe el cariño sin odio, sin celos, sin que se irriten todas las milas pasiones. Cuando uno ama exige que le adoren, y si no le quieren, esgrime el puñal... y si nó el puñal, porque los nervios ó el medio ambiente en que respira no le da fuerzas para herir, todas las armas arteras que la horrible lacería pone en sus manos.

—Me parece, señorita, que es usted algo exagerada con sus compatriotas; en todas las tierras, en todas las latitudes hay crímenes pasionales. La pasión obscurece el entendimiento, y cuando el alma está ciega y muda, sólo tiene ojos para ver y voz para expresarse el instinto.

—Amigo mío, ha pintado usted admirablemente un caso de sugestión. Pero ya sabe usted que no se apodera fácilmente el operador del sujeto sinó cuando todas sus aptitudes y facultades predominan sobre la voluntad del vencido. Donde hay ignorancia ocurre lo que usted dice: la ignorancia es la muerte; el amor es la vida. El amor ignorante mata; el amor inteligente vivifica como la luz. El amor es abnegado; la pasión se venga. Donde habla el instinto de la bestia no hay amor: Cristo perdonó en la cruz; Cristo perdonó el beso de Judas; Cristo perdonó á la adúltera. Cristo, alma sublime, no se creía superior á sus iguales, porque era carne de ellos, hijo del Hombre.

—Mariana, está muy bien esa filosofía, pero...

—Ese *pero* lo pone en su boca el Mal.

—Nó, señorita; quiero decir que si todos los mortales fuéramos tan buenos, tan grandes como usted, sus palabras divinas ¿dejarían de oirse en todos los labios? La religión cristiana, la mía, es pura; pero el medio ambiente...

—¿El medio ambiente, señor Rolland? El medio ambiente influye, es cierto, no sólo en nuestro espíritu; también en nuestro cuerpo. ¡Pero ahí te quiero ver! El problema resulta facilísimo. ¿Qué clase da mayores cifras á la estadística de los establecimientos penales? La llamada baja — yo no participo de esas ideas — la ignorante; la que no sabe leer ni escribir en mi nación; la que, deletreando y garrapateando, no ha llenado su cerebro sinó de signos, en las otras; ¿y por qué, mi querido señor Rolland? Porque no se le ha dado el pan de Jesús, el pan del alma: en unos ha entrado la letra, pero nó el espíritu de las profecias;



Relámpago.

*La Saeta*

en otros ni la letra. ¡El medio ambiente! ¡Brava excusa para que campen por sus respetos los criminales y los estóridos! Porque, vamos á cuentas: ¿qué me explica usted por *medio ambiente*?

—Las costumbres...

—Primera enmienda, las preocupaciones.

El inglés sonrió con dulzura.

—El clima, la estación... Por ejemplo, señorita: mi cariño hacia usted es siempre único, inmenso, tierno; ¿pero quiere usted que la adore de la misma manera envuelto por las frías nieblas del norte que al recibir los efluvios primaverales, cargados de aromas, de este bellissimo vergel, y el ósculo del sol que irradia en su cielo como ascua encendida, poblando de hilos sutilísimos la atmósfera?

—¡Ya ha salido á relucir el sol! Segunda enmienda.

—¡Cómo! ¿Me negará usted que el sol, que da fortaleza á la vid, enciende también la

sangre de las personas?

—Yo no niego, rectifico. La electricidad, manejada por manos torpes, mata; sometida al imperio de la inteligencia, sirve dócilmente á la industria y á la imaginación del ser humano. El sol llena de flores y de plantas los campos; detiene en el polo á las nieves; difunde la luz y la alegría. ¿Sabe usted lo que hay en todo eso? Un error de cálculo, es decir, de educación. No se emplean sapientísimamente las energías morales para formar al individuo. Se le vicia en su crecimiento moral y material... y resulta una planta raquítica en que influye el sol para hacerle perezoso y exaltado, y las preocupaciones para que predomine el instinto dando entera expansión á todas las mezquindades del ánimo y á la fuerza bruta. ¡Ahi tiene usted su bellissimo medio ambiente! ¡El medio ambiente, caballero! ¿Por qué en lugar de ser un factor, según pretenden algunos, no se le emplea como recurso para *reanimar* las facultades del espíritu? Téngase en cuenta el clima y la influencia social, nó para disculpar el crimen, sino para enmendarlo.

—¡Ay, Mariana, qué rica es usted! Esos



—¿Que quieren ustedes que baile? Ya saben que yo lo hago al són que me tocan.



La Curiosidad.

pensamientos responden á los míos, tanto, que lo que usted pretende es que la criatura humana, fuerte, vigorosa, domine á su organismo por el imperio de su voluntad.

—Exacto.

—Bueno, ¿pues me negará usted ahora, que tengo yo derecho á esperar la dicha de mujer tan bella, tan dulce y tan inteligente?



—¡Anda, leñe! Se le ha roto un brazo á Narciso! Pues, lo que es ahora se curará un poco del amor que se tiene. Al mirarse se encontrará manco y... un hombre manco no va á ninguna parte.

El sonrosado carmin de la Pertiguero encendióse en vivo rubor; alguna idea sombría cruzó por su mente, pues se restregó los ojos como si una luz vivísima la ofuscara, y ya iba á contestar, sin duda con voz reposada y solemne, cuando hirió sus oídos un suspiro tenuísimo y angustioso. Lo oyó también Rolland, por cuanto sin decir palabra se dirigió al ángulo de la habitación, donde yacía tumbada sobre una mecedora y en letal desmayo Jeanne Vernot. Sucedió que al despedirse ceremoniosamente el señor Rufilancha de la Escosura, la de Lille, que estaba cerca de Mariana cuando ésta afirmó, con acento que no dejaba lugar á dudas, que amaba á Rolland, se retiró como herida de un rayo á respirar el aire junto á la ventana, y al oír las primeras palabras del inglés, sin fuerzas para sostenerse, sentóse en el mueble donde perdió el conocimiento. Tocóle muy en lo vivo la retirada del barón á Mariana y no quedó menos preocupado Rolland, y como cayera á la sazón la tarde, las sombras traidoras ayudaron á que ambos interlocutores olvidasen á la doncella; cosa comprensible, además, por el continuo salir y entrar en todos los cuartos de aquella singular colonia de ricos bohemios.

—¡Anda, teníamos ahí á Juanilla! — murmuró la Pertiguero estrechándola cariñosamente en sus brazos, alzando su cabeza y desabrochando su talle.

Mientras la pulsaba y bañaba su frente con agua fresca, por no haber necesidad de otras precauciones, puesto que pasaba el soponcio, dijo irónicamente Rolland:

—¡Después diga usted que no influye el sol!

J. F. Luján.

## ¡Borracho!

De dar un gran paseo  
volvíamos con ganas de sentarnos;  
por eso, al ver mi amigo una taberna  
en camino contrario al que llevábamos,  
me dijo así: — Pues, chico,  
ya está resuelto el caso;  
pedimos en la tienda  
que nos sirvan dos copas de lo blanco,  
y con dos perras grandes,  
descansan nuestros músculos un rato.  
¿Estás conforme? — Nó; no es de mi gusto;  
esas tiendas de vino me dan asco,  
y si entrase algún día,  
de seguro estaría á cada paso  
diciendo: «¿Me habrán visto?  
¿dirán que soy borracho?»  
Y oír alguna vez tan fatal nombre  
me haría mucho daño. —

Todo esto dije yo, mas el amigo  
incitado tal vez por el cansancio,  
expuso más razones, suplicó,  
y yo, también cansado,  
me volví y le dije: — Por desgracia,  
venciste al fin. — Y entramos.  
Pero ¡oh, fatalidad! al estar dentro  
oigo decir: «¡Borracho!»  
Entonces vo me vuelvo medio loco,  
porque aquel fatal nombre pronunciado  
á mí me lo decían; miro, busco,  
y con mayor sorpresa, al poco rato  
oigo decir «¡borracho!» varias veces.  
¿Llamarme á mí borracho?  
Salí á la puerta entonces,  
la vista levanté, y... ¡vaya un chasco  
cuando oí que el que hablaba  
era... un loro que había en otro cuarto!

Jesús RIOSALIDO



Para ser un modelo de perfecciones,  
le falta á esta belleza ser española,

y si no rinde todos los corazones,  
es por sólo esta falta, por esta sola



## Notas mías

Si yo fuera gacetillero *implume* diría que los Tribunales de honor casi no responden á las *necesidades del momento*. Jácara jacarandilla, no lo tome nadie así, por donde quema, por el sentido figurado y familiar. En último término, Silvela la cantó y yo la glosó, porque al fin y al cabo, son propios de la primavera (que *estalla*, como dijo un mal poeta), los romances alegres. Silvela está satisfechísimo. Lo creo: es una fórmula más inventada por y para (perdónenme los clásicos) la política *trashumante*. Así como Sagasta se rascaba la barba, Silvela puede tumbarse tranquilamente en la otomana y leer á Schopenhauer ó á Rabelais. No necesitan nuestros ilustres de las advertencias de Macquiavelo, porque le dan cruz y raya.

Los Tribunales de honor me parecen bien en todo lo que se conforme con su institución y su carácter; pero ¡ay! no tienen, ni pueden tener fuerza efectiva, jurídicamente hablando. No pueden mandar á nadie á la horca. No pueden sinó repetir aquella célebre contestación del ministro á otro gobernador de provincia, cuando éste le preguntaba: — ¿Señor, qué hago? —Dimita usted.

Por lo demás, y sigo ejerciendo de gacetillero, los Tribunales de honor son tan de mi gusto que, con las salvedades oportunas, aplaudo á Polavieja y á su jefe, no sé si nato ó innato. Es una costumbre que con el tiempo quizás dé sus frutos; ó sea cuando se aplique universalmente á todas las profesiones y á todos los casos: á la del periodismo, donde más falta hace, y á los del duelo, donde estaría en su punto. Entonces sería el honor considerado como deben considerar las gentes esa virtud *nimia* del alma. Y no habría poetas á lo Grilo y á lo Velarde. Y podrían tomar á chacota los honrados, las amenazas del espadachín. Quizás no escribiera yo entonces, pero me conformo; porque cuando á mí me condenasen á componer zapatos á otros tendrían que colgarlos de la horca: ¡por eso dije más arriba, que no res-

ponden los tribunales en cuestión á las *necesidades del momento*!

Las elecciones pasan y pasarán como las monedas falsas y como las piezas que retira el gobierno de la circulación, con las cuales ocurre que sale perjudicado el más inocente.

Con las elecciones también. El más inocente resulta, claro, el país. Aunque afirme Silvela que el país *reacciona*, ¡ay, mé! Silvela habrá dicho que el orden de los factores no altera el valor del producto, olvidando que, si se sube á

las razones y proporciones todo estriba en la *razón* para que los términos sean iguales á los medios. Cuando falta la razón no hay proporción ni por diferencia ni por cociente... ¡aunque se empeñe el demonio, que es el único, con perdón de Sagasta, que suele reirse de los matemáticos!

Mis amigos Zulueta y Marquina han publicado un poema en forma dramática: *Jesús y el Diablo*. ¡En estos momentos! No necesito hacer protestas de imparcialidad, y ahora no ejerzo de gacetillero *implume*, para aplaudir á los que, andando el tiempo, han de ser gloria y florón de la poesía... si no se malogran. Tienen alma poeta esos señores, y oyen

los misteriosos ecos de la inspiración. «Jesús y el Diablo», poema, no es su obra maestra. Han publicado poesías que valen más; pero ellos, los autores, se enamoraron de la composición y... ¡público ten lo que hacía cuando no había roto yo el hielo! Esto habla en favor de mis amigos, por... cosas que explicaré cuando no esté tan de prisa. Marquina y Zulueta merecen siempre, no sólo más que una gacetilla, sinó más que una nota como las que yo escribo. Sin contar las incorrecciones, fáciles de explicar, y otros excesos del númen, baste decir que mi Director hubiera publicado algunos fragmentos admirables si no fuera que... el diablo la enreda y no todos son Jesús para resistirle.

No importa. La paráfrasis del evangelio es hermosísima, y puede servir á mis compañeros como tarjeta de presentación, que otros que yo me sé, quisieran tener en sus manos.

TIRÓN

Rima

Su blanca nube  
que por el cielo  
á impulsos vuela  
del huracán,  
al fin deshecha  
queda en pedazos;  
no hay esperanza  
de verla más.

La flor bermeja  
que el sol marchita,  
sobre su tallo  
sin caridad,  
pierde sus galas,  
pierde su aroma;  
no hay esperanza  
de verla más.

La altiva nave  
que sin defensa,  
las aguas cruza  
del hondo mar:  
si sepultada  
queda en su abismo,  
no hay esperanza  
de verla más.

Junto á mi lado,  
los dos mirándonos,  
los dos queriéndonos  
con loco afán;  
tú enamorada,  
pura, inocente...  
No hay esperanza  
de verte más.

RICARDO SAMPER



Mariposita inocente  
que vuelas de flor en flor,

ten cuidado no te dañes  
si encuentras la del amor.



## ¡Tú, nó, hija mía!

—Te ruego que escuches una historia real, interesante. Juro que apenas te hayas enterado del principio, desearás conocer el fin.

¿Te la relato, queridita mía?

—Sí, hijito, sí; pero te agradeceré que no sea de esas que forja tu mente para horrorizarme y zaherir mi airada vida. ¿Verdad que no será de esas?

Y al pronunciar estas palabras estampó un fervoroso ósculo en mi frente, tan fervoroso que repercutió en el fondo de mi corazón, hirió mi alma y agitó con energía todos mis nervios.

Con el fin de no tener deudores, satisfícela con otro más apasionado que esculpieron mis gruesos labios en sus fresquísimas mejillas, tan frescas que parecían dos gayas rosas abrigadas por cristalina gasa de rocío.

Adela, mi preciosa Adela, acarició mi rostro, y

dibujando una alegre sonrisa, tomó mi diestra é hizome sentar en una lujosísima otomana cubierta de terciopelo rojo como sus labios.

—¿Quieres — le dije — que comience el cuentecito?

—Con mil amores.

—Pues allá va; pero confío en que no has de interrumpirme ni un solo instante.

—Te escucharé guardando el más profundo silencio.

—En ese caso, oye:

«La familia de la bella Pepita había abandonado el pueblo para ir á visitar á un pariente que residía en la florígera Valencia, y allí se detuvo unos quince días con el objeto de conocer tan hermosa como amena ciudad. Entretanto Pepita, preciosa joven de 18 años, coloradota, de talle flexible, seno abultado y negros ojazos, tan negros como

noble su corazón, quedó al cuidado de un chiquitín hermano suyo, á quien quería y mimaba como si fuera el fruto de sus entrañas. La inocente, pero retozona joven, poseía un timbre de voz tan dulce, tan seductor, que una sola palabra salida de sus labios bastaba para rendir y cautivar el corazón más empedernido.»

Mi graciosa Adela que me escuchaba ensimismada, clavando su vista en el movimiento de mis labios y perdiendo un tanto el rosicler de sus mejillas al ser levemente teñidas por la funesta palidez de la muerte, lanzó un suspiro tan prolongado, tan espantoso, que temí que aquel esfuerzo pudiera acarrear infaustas consecuencias.

Suspiré y proseguí:

«Una mañana de esas en que el crudo cierzo azota y desnuda la arboleda, comenzó á llover copiosamente. El nutrido chubasco llamaba, impelido por el viento, á los cristales de la habitación en que dormía la doncella. Los cárdenos resplandores de un relámpago se filtraron por las grietas de la ventana, y el horrible estampido de un trueno conmovió el edificio. Pepita despertó azorada é incorporándose miró á un lado y á otro de la habitación, como temiendo la presencia de algún fan-



Africana.



¡Pícaras espinas! Siempre suelen herir los pies que sólo merecen besos.

tasma, cuya voz ronca y estrepitosa le hubiera robado el sueño. Cuando se cercioró de que estaba sola volvió á tenderse en el lecho, dejando al descubierto su seno de nieve y sus brazos de alabastro.

Transcurridos breves instantes, se abrió la puerta del cuarto para dar paso á un joven grueso, moreno, de regular estatura, el cual corrió hacia el lecho para estampar un ruidoso ósculo en el rostro de Pepita, mientras que ésta lanzaba un agudo grito. Aquel villano era su novio quien, á fuer de salteador, penetraba en aquella humilde morada para violar cobardemente la honra de la virgen.

El cierzo arreció y la tormenta iba siendo más horrible. Aquel ladrón de honras cruzó algunas palabras con Pepita, y entre trueno y trueno repercutió una lluvia de besos y un vendaval de suspiros. El robo se estaba perpetrando, y una voz femenil gritaba con horror:

—¡Nó, nó, maldito!»

\*\*\*

Dos años después penetraba yo en una casa de lenocinio con el fin de visitar á una hermosa jo-

ven, que según ella, había sido arrastrada á ese inmundo y asqueroso género de vida.

Como tengo por costumbre, impulsado acaso por mi espíritu de escritor, ávido de conocerlo y estudiarlo todo, le supliqué que me contase todas las impresiones de su existencia, y así, lo hizo. La historia que ella me relató y la que acabas de escuchar, son una misma; tanto es así que mi compañera de lecho no era otra que la hermosa Pepita quien se había entregado á la más ruin y deleznable corrupción.

La intimé con benevolencia á que abandonase aquel indecoroso oficio, puesto que aún era tiempo de ello, y á que volviese á su antiguo y honrado modo de vivir, pues vale más hambre con honra que boato sin ella.

Me prometió, ¡pobrecita!, bajo *palabra de honor*, que seguiría mi consejo en cuanto le fuese posible; pero desgraciadamente no ocurrió así. Como novata y aun vergonzosa, era solicitada á todas horas para servir de pábulo al vicio.

Tanto fué carcomida por el amor mercenario, que comenzó á enfermar notoriamente; perdió sus formas, sus colores, su frescura, al ser presa de una tisis galopante que destruyó sus pulmones, intoxicó su sangre, y por fin acababa fatalmente con su existencia, mientras que sollozando, se arrepentía de sus errores.

Tal era el cariño que deposité en aquella desgraciada, que gasté cuanto dinero poseía en prestarle los auxilios de la ciencia, por más que contribuyeron á alargarle la vida algunos días, fueron insuficientes para salvarla.

Pepita murió en mis brazos, vertiendo copioso llanto y rogándome que pidiese al mundo entero su perdón.

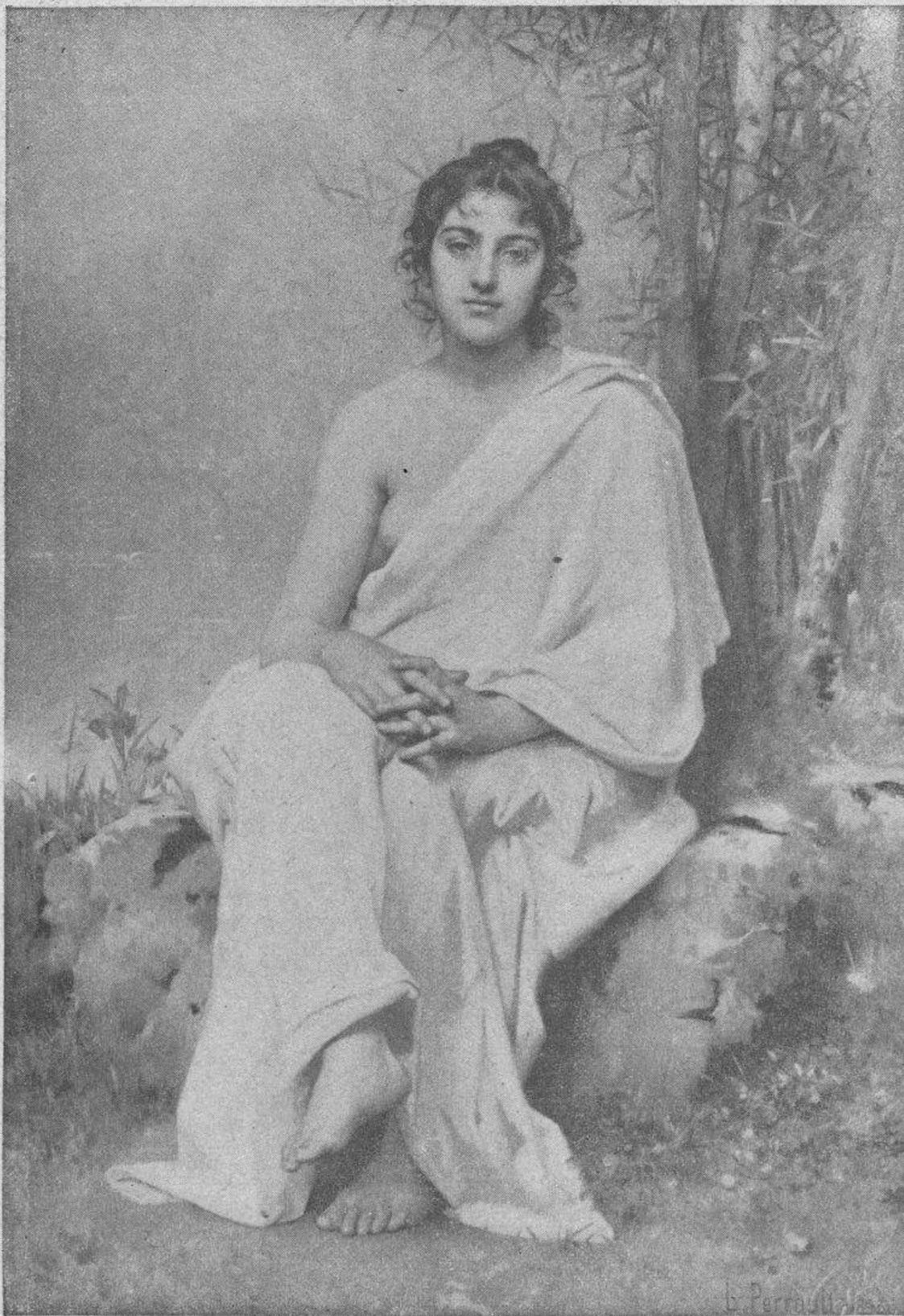
Dos meses después succumbió; condújosela en mísero ataúd al cementerio del S. O., seguida de un sólo y humilde carruaje, en el que iba yo á consagrar el último tributo de aquel cariño que le había profesado en vida, y que no era el cariño del vicio, sinó el de la compasión.

Ciñendo al ataúd una soga de esparto, fué introducido el cadáver de Pepita en un profundo hoyo, como para ocultar al mundo la última y borrascosa etapa de su existencia; y al tiempo de resonar en mi alma el estrépito espantoso de la primer palada de tierra lanzada sobre su postrer lecho, balbuceó uno de los sepultureros dirigiéndose á su mefistofélico ayudante:

—¿Sabes quien era este harapo? Una prostituta más ajada que un ochentón.

Mientras que yo repuse, encolerizado por aquellas recriminadoras y soeces palabrotas: «¡Falso, falso, fué una mártir inocente!»

Aquellos hombres me



Meditación.



Creo que estoy elegante. Tanto como lo puede exigir el más escrupuloso.

## La Saeta

miraron con asombro y sucumbieron ante la energía y convicción con que les apostrofé.

Al terminar este relato, vi que Adela, mi querida, estaba llorando amargamente, y echándome los brazos al cuello para estrujar mi pecho con el suyo me dijo:

«¿Verdad que yo no terminaré así, querido del alma?»

Y deshaciendo un nudo que me apretaba la garganta, repuse, casi tartamudeando:

—¿Tú? ¡Tú nó, hija mía!

GERARDO DE ANA

### Rasgueos

Sólo le pido al Señor  
que me conceda la gracia,  
de llegar hasta la muerte  
conservando una esperanza.

MORENO.

### Cantares

Yo quise al través del aire  
mandarte mi pensamiento,  
pero era tan puro y casto  
que se fué volando al cielo.

M. DE PALAU.



— ¡ Mira, mira los del palco, como se ríen !

— ¡ Lástima no poder averiguar si es que les gustamos ó que nos toman el pelo !

## De paliqueo

Un problema curioso hay sobre el tapete: ¿Puede haber engaño en el matrimonio respecto de la mercancía? En otros términos, ¿puede pedir el divorcio, si después de casado advierte el marido que su esposa no es tan perfecta como había creído?

Esta es la cuestión que ha sido sometida al fallo de un juez americano.

El demandante pedía el divorcio porque su mujer tenía un ojo de cristal; defecto que la señora había disimulado durante el período de relaciones.

El juez se echó á reír al saber el caso y dictó sentencia en la que pueden leerse los siguientes considerandos:

«1.º Que si se admitiera como motivo de divorcio que la mujer tenga un ojo de cristal, dientes postizos, cabellos que no sean los suyos... sería preciso declarar nulos la mitad de los matrimonios.

»2.º Que el demandante ha tenido dos ojos y cuatro meses de tiempo para advertir el estado físico de su prometida...»

Es de admirar la malicia de este magistrado que tan cruel se muestra para con los esposos: no da la razón al marido, ni tampoco á la mujer, sinó que dispara á bala rasa contra los dos, demostrando que no cree en la buena fe del sexo bello. Resulta el tal juez un Salomón cáustico.

Se dice, ó se ha dicho hasta ahora, que el amor es ciego; pero jamás se le ha ocurrido á nadie que pudiera ser tuerto.

Verdad es que en cuatro meses hay tiempo para descubrir la imperfección de la mujer que nos ocupa; pero cuando el novio no advirtió que tenía un ojo de cristal, es indudable que la fabricación sería exquisita, cosa que hace mucho honor al industrial constructor. A más, si el novio

notó alguna cosa, creeria que «no era nada lo del ojo».

Pero, tratándose de otras imperfecciones menos visibles, paréceme que el juez ha ido demasiado lejos diciendo que hubo cuatro meses de tiempo para darse cuenta del estado físico de la novia.

¡Hola, buen magistrado!

Este es fallo que tiene ribetes de inmoralidad. puesto que encierra el consejo tácito de no contraer matrimonio, sinó después de haber verificado minucioso reconocimiento de la prometida.

Demasiado fuerte me parece esto y, á mis ojos, este Salomón cáustico está á la altura de los jueces de opereta.

Por supuesto que la sentencia del juez indica que ha sufrido no pocas contrariedades amorosas. Tal vez no haya podido enamorar más que á mujeres vizcas, cojas, con *encantos* de algodón, y por eso declara que no hay motivo de queja por un simple ojo de cristal.

★ ★

Después de la época de feliz memoria en que todos hemos pretendido ser regeneradores, pasados aquellos pujos de la gente que quería rejuvenecerse, ha llegado ¡¡ay!! otra época casi peor: la del «garrotazo y tente tieso».

Los que tienen el convencimiento de haber nacido demasiado pronto; de que se han anticipado á su tiempo, estarán á estas fechas tristes, desconsoladísimos, en disposición de ahogarse, si se tragan un pelo, antes de que se les pueda gritar: — ¡Escupe!

La vida trae aparejados estos dolores, y aunque dice el refrán que el reino de los cielos es de los adelantados, no siempre ocurre así. Pero, en fin, esto no debe preocuparnos. Allá se las avengan los que nacieron con anticipación. Después de que me concibió mi madre, tardé más de nueve meses en nacer. Por eso compadezco á los que nacieron antes: á los siete-mesinos.

★ ★

Decía antes que ha llegado la época del «garrotazo y tente tieso». Gracias á que acostumbrados desde hace tiempo al vapuleo, nuestras espaldas están como fabricadas *ad hoc*, y ya podrán darnos garrotazos, que mientras haya sol en esta tierra habrá alegría.

Que no falten fiestas en las plazas de toros, ni gente joven, ni arrebatos de amor, ni teatros, ni vinos, que todo irá á pedir de boca.

Los gobernantes continuarán en sus trece haciendo el serio papel de papás de la patria y nosotros nos divertiremos de lo lindo, sin preocuparnos siquiera de que San Gobernador de Madrid haya prohibido que en los kioscos y cafés de la Corte se expongan al público los periódicos festivos.

El buen paño en el arca se vende.



Bautizo en el Jordán.

ARMANDO BRONCAS

## Idilio tártaro

Era una pobre chica jorobada; tenía una graciosa jorobita que se levantaba puntiaguda bajo su traje de algodón estampado con encendidos colores, y que parecía atravesar como una cuña su cuello, separando brutalmente dos largas trenzas de cabellos negros y engrasados.

Sentada delante de su puerta, buscaba en los rayos del sol el calor necesario para animar su cuerpecillo extenuado y macilento; y, siempre silenciosa, se entretenía en canturrear mañana y tarde esas extrañas melodías de los tártaros que parecen llorar por un difunto, ó mecer la cuna y arrullar el sueño de algún niño.

Eramos grandes amigos; pero nuestra amistad había nacido en silencio y en silencio se había desarrollado, sin que nos hablásemos palabra, porque mis conocimientos en el idioma tártaro se limitaban á decir «buenos días» y «buenas noches». Sin embargo de esto, nos entendíamos muy bien: sus grandes ojos, que parecían hablar continuamente, sus gestos breves y bruscos le permitían hacerse comprender, y esta pantomima suya, siempre llena de expresión, versaba de continuo sobre un asunto solo: sobre sus tareas y bordados. ¡Ah! ¡qué bordados tan espléndidos y qué caprichos tan hermosos! Anchas hojas de seda verde con nervaduras de plata, ondulando entre dibujos extravagantes de animales fabulosos que abrían sus enormes bocas, por las que asomaban largas lenguas encendidas, todo rodeado con palabras misteriosas y cabalísticas, señales infalibles de dicha futura y de próximo casamiento.

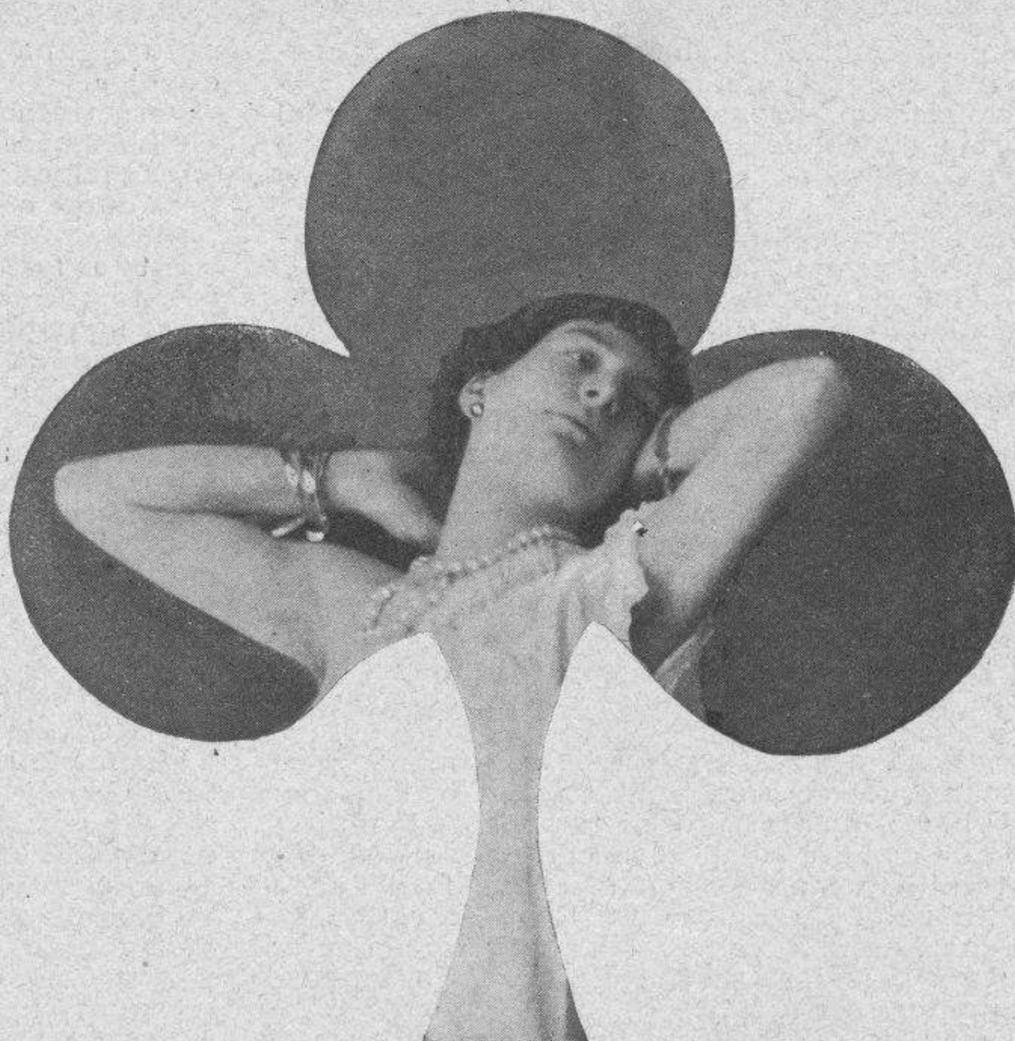
Porque, en efecto, lo que la joven tártara estaba disponiendo era un equipo de boda, ¡consideren ustedes! Cuando llega el gran día de los desposorios, la esposa, á quien se ve por vez primera, debe presentarse bella y seductora; debe arrebatarse, satisfacer y subyugar al esposo que la ha comprado con sus ahorros y sus economías.

Exige la costumbre que en los umbrales de la cámara nupcial se quede deslumbrado el marido ante el esplendor de los bordados que adornan á la esposa, y que le dé su primer beso entre los tules bordados y á la luz discreta y dulce de una lámpara de cobre que está colgada en el techo.

Nosotros nos amábamos, pero nos amábamos sólo como camaradas, sin duda, porque jamás se ha visto, ni lo recuerda la memoria de ningún tártaro, que una mujer de la raza haya amado á cristiano alguno.

Diariamente sucedía que mi caballo, bien enseñado ya, y sin hacer otra cosa más que dejarle suelta la brida sobre el cuello, se encaminaba directamente á la aldea y se detenía sin vacilar frente á la misma casa de mi amiguita; ella guardaba para mí entonces una sonrisa dulce y cariñosa, con que me daba la bienvenida, tenía un poco de yerba para mi caballo, y sus dedos volvían al punto á recorrer el tul y á trazar con el lápiz negro los contornos de nuevos dibujos, adornos y arabescos.

Vino el invierno triste y monotonó en las soledades de aquellas inmensas extensiones de blanca nieve, salpicadas acá y allá por las negras manchas de los villorrios que elevan rectas hacia el cielo gris tenues columnas de humo. En esta época es cuando los perros ladran de hambre, rondan en torno de las cabañas, invaden los cementerios, desentierran los cadáveres, y cuando ya no les queda nada que roer, cuando el animal co-



noce y siente que todo se ha concluído, parte tristemente entre lamentos y aullidos de dolor, con la cola baja y alejándose del campo que presencié sus hazañas, de la llanura donde para su dueño corrió las liebres, guardó vigilante los ganados y riñó batallas con los lobos; se aleja y va á morir escondido en algún surco, y lanzando hacia la lejana aldea la mirada y el bostezo último de su agonía. — Los pulmones de la jorobadita no pudieron soportar estos largos fríos: quebrantada por una tos seca y ronca, hundido el rostro, la pobre niña se veía morir y buscaba inútilmente en el cielo un rayo de sol benéfico, hasta que un día, desesperada de encontrar siempre el horizonte tan triste y tan blanco, enervada, consumida en el silencio que la rodeaba, se apagó como débil luz y quedó muerta con las manos crispadas sobre el pecho y abiertos sus grandes ojos.

Fué sepultada con un poco de premura ¡porque hacía tanto frío! — Manos piadosas rodaron grandes piedras sobre el suelo que la cubre para proteger sus restos contra la rapiña y la voracidad de los animales hambrientos, y según la costumbre tártara, se clavó en la tierra una vara, en cuyo extremo flotaba un trapo rojo.

Cuando muere una joven, el que la amaba viene de noche á tomar, como supremo homenaje, aquel recuerdo de la mujer amada que desapareció del mundo de los vivos. A menudo pasa que siendo muchos los aspirantes á la posesión de esa preciosa reliquia, los ánimos se enardecen, la ira habla, los aceros se agitan relucientes al borde de la tumba y la sangre corre hasta empar la tierra. — No era este el caso para mi pobre jorobada, ni sucedió junto á su tumba nada semejante. El trapo de algodón rojo permaneció flotando al viento días y días, y poco á poco se iba despintando, sin que nadie fuese á recogerlo.

El alma de la pobre niña debía sufrir mucho.

Yo cobré ánimo, y le hice mi declaración de ultratumba, yendo de noche y como un ladrón á arrancar aquella llamita roja de que ella me pediría cuenta... en el Paraíso de Mahoma.

J. BREITMEYER



¡Dejadla descansar; porque ella goza  
de ventura inefable mientras duermel  
¡No respiréis siquiera! No es humano  
hacer que se despierte.

Ella ha perdido una ilusión hermosa  
y ahora perdida la ilusión no siente,  
porque sueña en la dicha y mientras sueña,  
de gozo se estremece.

Es probable que, en giros caprichosos,  
las ideas que cruzan por su mente,  
al mejor paraíso de la tierra,  
en procesión la lleven.

Tal vez sueña en el tálamo amoroso,  
donde, unida al muchacho por quien muere,  
en transportes de dicha embriagadora  
apura los deleites.

O que en mundo mejor y menos falso,  
sin las angustias que á las almas hieren,  
volando como linda mariposa,  
de flores se mantiene.

¡Dejadla, pues, dormir! Que nadie turbe  
los sueños de la virgen inocente;  
no evitéis, despertándola, que apure  
castísimos placeres.

Ya sufrirá del mundo los dolores;  
del cáliz beberá las agrias heces  
cuando volviendo á la horrorosa vida,  
llorando, se despierte.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

### ¡Que no despierte!

Rendida de dolor y de amargura  
la bella niña, enamorada duerme.  
¡Dejadla descansar! Que nadie turbe  
sus sueños inocentes.

Cerrad bien los balcones, porque el eco  
del agitado mundo no penetre,  
ni entre de luz en la tranquila alcoba  
un rayo y la despierte.

Sus sueños son rosados, como aurora  
de primavera que la vida enciende;  
sueños de virgen pura que dormita,  
mientras la sangre hierve.

¡Mirad! De tanto en tanto se sonrío  
y los labios con pausa dulce mueve,  
pronunciando palabras misteriosas,  
su voz tan tenue.

El pecho hermoso de incitantes curvas,  
diríais que se ensancha y se estremece;  
que el ángel de la guarda está con ella  
y tierno la defiende.





# MISCELANEA



Un viejo enamorado dice á una señorita:  
—Si usted me lo permite hablaré á su mamá...  
Y le contesta ella sin inmutarse:  
—No tengo inconveniente en ello; pero dudo mucho que mi madre quiera volverse á casar.



Nos ponderaba un inglés á tres ó cuatro muchachos, unas arcas de caudales que fabrican sus hermanos y nos dijo: — En casa tengo una en que, no les engaño, guardamos varios papeles: la encendimos por los lados y cuando hacía dos horas los encontramos intactos... Al escuchar tal embuste exclamó así un sevillano: —*Pos misté*, las de mi tierra á todas han superado. Encendimos *pa* probarlas una por los cuatro lados, metimos una gallina dentro de ella y la cerramos. —¿La encontrarían asada? dijo el inglés admirado. —¡Quiál No *zeñó*, nada de *ezo*, lo que estaba es *tiritando*...

MORENO.



—Eres tú la flor temprana de la hermosa primavera, le decía un viejo verde á una chiquilla morena. Y ella con risa burlona exclamó tras lindo gesto: —¡Paso al último melón que ha quedado del invierno!...



—Ayer en el fonógrafo oí cantar á la Pérez, aquella tiple que murió el año pasado.  
—¡Malditos adelantos! Antes, muerto el perro, se acababa el ladrar...



## CHARADA

Habla la Biblia de mi *primera*, es una tela *segunda-tres*, y repetida da la *tercera*, cierta novela de autor francés. *Una-dos-tercia* forma instrumento, de varias clases es su metal, corriente de agua *cuarta*; y presiento que halles en esto, tiempo verbal: Es la *segunda* si has repetido, un parentesco, y en conclusión verás que *Todo*, lector querido, es cierta torre y es población.

J. FERRÉ ESTELLER.



## Adivinanza

Sin principio, soy deidad, sin el fin, cosa de juego, y sin medio, me introducen en cualquier arma de fuego.

ANACLETO PINAREJO.



## Tarjeta

**S. JUAN**  
**ALTEA.**

Sírvase formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de un semanario y apellido de su director.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.



## Acróstico

S \* \* \* \*  
\* \* E \* \*  
\* \* \* \* M  
\* \* \* \* A \*  
\* \* \* \* N \*  
\* \* \* \* A \* \* \* \*  
\* \* \* \* R \* \*  
\* \* I \*  
\* \* \* \* O \* \*

Substituir las estrellitas por letras, de modo que en unión de las fijadas, formen los apellidos del Director y redactores de un popular semanario.

LUIS CEILÁN AMOR.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Manteleta.

TA  
EM  
CRUZ. — TERESA  
AMELIA  
SI  
AA

CUADRADO. — ELISA  
LUNES  
INGLE  
SELVA  
ASEAN

MARCHA DE TORRE. — Al que fuere celoso cuando hay motivo, no le llamen celoso, sino advertido. Porque los celos, en habiendo motivo dejan de serlo.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Silbido.

## Correspondencia

G. N. — Lisboa. — Me es muy sensible no poder aceptar sus proposiciones. Sobre todo por lo que respecta á teatros, que nos causaría aquí más extorsión de lo que usted se figura, sin que lo compensaran sus nobles esfuerzos, que agradezco con toda el alma.

J. M. F. — Sólo aprovecharé la charada.

R. T. R. — De usted, un logogrifo.

L. C. A. — Irá. Tenga en cuenta que los acrósticos, están llamados á desaparecer.

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

J. A. — Procuraré insertarla. En cuanto á la colección de cuentos, no puedo aventurar la respuesta. Si no le es enojoso mande uno y veremos. No es que dude respecto de la bondad del escrito, sinó que he de examinar si se ajusta á la índole del periódico. De todas maneras ya sabe usted que me agrada alentar, en mi humilde esfera de acción, á los estudiosos.

Rosa-bella. —

«Correteando íbamos los dos por la espesura, correteando íbamos los dos con dulce anhelo, correteando...»

Cuidado, Rosa-bella que, correteando, se suele tropezar, y cuando se tropieza se suele caer, y las caídas son siempre peligrosas, sobre todo para... los pseudónimos femeniles

S. M. Y. — Sabrá usted, indudablemente, que el *lustro* se compone de cinco años justos y cabales, y que además *lustro* se llamaba á una especie de lámpara: me admira, por tanto, que confunda usted el lustro con el aceite. Si á lo menos hubiera sido de bellotas, ya que no hay *lustro* que le alumbre á usted, sirviera para que le creciese el pelo, que buena falta le hace, pues seguro que pasa usted de los diez *lustros*.

K. K. T. G. A. B. C. — Al leer esa retahila de iniciales abro el paraguas, y no hago más que abrirlo, cuando me encuentro con este chaparrón, que usted titula *Vida*.

« Todo el mundo ha de saber  
pues nadie debe ignorar  
que de comer y beber  
viene. . . . . »

¡Cochino! Ahora escampa:

« y después de bien vivir  
el hombre suele morir  
que escrito lleva en su sér  
el nacer y perecer  
como reir y llorar  
como cantar y bailar  
como hacer y destruir  
y desnudarse y vestir  
y correr y reposar  
de pegar y acariciar  
bien decir y maldecir  
y de cobrar y pagar  
tal debemos y no damos  
si muramos. »

Bien, hombre: acaba en trueno seco, tan seco, que se me han roto las varillas del paraguas. Pero diga usted ¿ha querido usted filosofar, ó jugar al volante con los verbos? En el primer caso, señor filósofo, le aconsejo que suprima usted las cinco iniciales últimas

de su firma y se quede con las dos primeras. K. K. ¡Receta infalible para la celebridad!

T. L. — La idea es bonita; la forma defectuosa, demasiado defectuosa ¡ay! Esfuércese usted á ver si sale mejor.

C. D. B. — «¿La coqueta» es, efectivamente, de usted? No me parece mal. ¿Pero cómo «Mi cuadro» tiene señaladas incorrecciones? ¿Es que cuando se mete usted á *pintor* pinta mal? Sáqueme usted, de dudas y le publicaré la primera, el último nó.

J. Y. — Se publicarán los cantares. Le contesto á usted por correo

*Telescopio*. — ¡Cristo, qué mal enfoca usted!

*Melancolía*. — Así me gustan á mí los hombres. Me ha complacido la noble arrogancia de usted, y ojalá todos los que escriben abrigasen tales sentimientos. No tema usted nada y mande lo que guste. Crea que con sinceridad le diré mi opinión. La primer remesa se publicará; mande algo de eso que, según me anuncia, vale más.

M. A. — ¡Ya ve usted amigo mío, que es imposible, y lo siento, porque yo también pienso como usted. Con lo mío, fíjese en que pasa igual. Sin embargo, lo tendré en cuenta, y siempre que sea posible, le complaceré.

O. T. X. — «Luz del oriente, resplandor que bañas los ríos y las montañas...»

¿Nada más? me ha dejado usted frío; yo sin sol soy hombre muerto.

Nueva edición corregida y aumentada, por el DR. TOSMAE.  
ANTES, en el  
**LECHO CONYUGAL**  
y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.). Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones femeninas y masculinas, etc.). Precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó anulen el poder genital, conservando siempre la virilidad de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía del hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos y sublimes de la relación sexual.

3 pesetas en las buenas librerías y vá por correo, enviándolas en libranza ó sellos á LA AVISPA, Alcalá, 23, Madrid. En Madrid se vende librerías de Fé, Car. S. Jerónimo; San Martín, Puerta Sol, 6; Suárez, calle Preciados, y LA AVISPA, Alcalá, 23.

En Barcelona, Herederos de Felip y Compañía. — Zurbano, 6.

Prohibida la reproducción de los originales de este numero.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

**SANTAL MIDY**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

**LA SAETA**

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y ultramar, un año. . . . . 17 »  
Número corriente, 20 céntimos.  
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.

